

IV. ANÁLISIS CULTURAL

LA GLOBALIZACIÓN REPERCUTE EN LA CULTURA

Jesús Vergara Aceves

1. Introducción

Existe un doble polo cultural: el de la secularidad y el de la religión. El polo de la secularidad, es el que abarca las relaciones éticas y jurídicas entre la sociedad y el Estado. En este capítulo las abordaremos desde el ángulo general de la cultura. En el siguiente veremos un análisis jurídico particular sobre las autonomías regionales dentro del Estado. El otro horizonte cultural es el religioso, el de la presencia de las religiones en la secularidad.

En nuestros análisis anteriores hemos tratado en forma plural la entrada de la globalización en México. Hemos asumido la hipótesis de F. Fukuyama, quien sostiene que la globalización penetra por cuatro escaños de dificultad creciente: la autoconciencia racional, las instituciones, la sociedad y la cultura. Sólo cuando la globalización se asienta en los cuatro niveles, se puede decir que ha arraigado en la nación.

Ya hemos constatado que el fenómeno entró por los científicos y los intelectuales de la técnica económica actual. Se activó intensamente en los comienzos de los años ochenta y penetró de manera definitiva en el nivel de las instituciones con el cambio importante que se dio de cinco artículos de la Constitución, a finales de 1992.

Con las elecciones del año pasado y el cambio definitivo en la composición del Poder Legislativo, constatamos la consolidación globalizante en las instituciones y sus primeras repercusiones dentro de la sociedad misma. Se rompió el monopartidismo y la sociedad se preparó para vivir una mayor democracia representativa plural, al menos en el bipartidismo tan exigido por la nueva economía en los países del primer mundo. Buena parte de los viejos políticos se rehúsa a entrar en la nueva senda de la democracia formal, plural, al estilo de los estadounidenses. Una minoría la acepta. Además, falta avanzar desde los valores culturales de la sociedad, la superación de esa democracia, hasta llegar a lo que de verdad satisface: la democracia deliberativa, en la que el pueblo mismo

toma las últimas y trascendentales decisiones, como sería sobre el modelo económico conveniente a la nación.

En consecuencia, trataremos cuatro puntos: los focos actuales del conflicto, los desafíos que de ahí provienen, la necesidad de resolverlos desde la democracia y las principales líneas que pueden dar origen a los principales proyectos alternativos a futuro.

2. Puntos socioculturales de conflicto

En el semestre pasado hemos constatado con claridad las violentas reacciones de la sociedad a esos cambios que se habían mantenido dentro del ámbito institucional. Se está sintiendo también claramente que los valores culturales autóctonos están amenazados.

El cambio de composición en el Poder Legislativo está afectando, en el mismo nivel institucional, la función del Ejecutivo Federal frente a los otros poderes de la Unión; la función de la Banca, sobre todo en el caso urgente y trascendental del Fobaproa, y la de los sindicatos: debilitamiento de los oficiales y falta de consolidación en los otros. Este conflicto está repercutiendo a fondo en una sociedad inconforme, incómoda y cada vez menos gobernable. Esto mismo se puede decir en clave de democracia: la democracia representativa, apoyada por la globalización, va en ascenso. La democracia deliberativa (donde el pueblo se expresa de manera abierta y es tomado en cuenta) va en descenso y está siendo más fuertemente reprimida. En Chiapas se ve con claridad este conflicto entre las dos democracias. El diálogo democrático abierto que apuntó como posible en los inicios, en San Andrés, se ha roto. La democracia formal de los municipios se impone sobre la sociabilidad más profunda y auténtica de los indígenas. Se desmantelan los movimientos. No justificamos ni a Marcos y los zapatistas, ni a las fuerzas militares o paramilitares. Hay que pasar de las instituciones al fondo de la sociedad: vemos la urgencia cultural de los pueblos indígenas por vivir una organización social, menos impuesta como uniforme y más respetada en sus diferencias. En consecuencia, se intensifica la fuerza, la represión, la reacción y la lucha.

Es un error de perspectiva quedarse en la visión del conflicto entre el gobierno y Marcos, entre el Ejército Mexicano y el Zapatista, entre los grupos armados paramilitares y las filiaciones partidistas. Hay que penetrar con la mirada hasta la base social y cultural.

En otros capítulos o apartados, hemos visto o todavía veremos este conflicto social: tanto en el orden jurídico de las autonomías, como en el educativo de la pertinencia educativa, como en el aspecto religioso entre

una pastoral impuesta por la fuerza y otra muy diferente, por la inserción del Evangelio.

En política puede resultar funesta la aceptación sumisa de la fuerza económica globalizante, sin tomar en cuenta las repercusiones sociales que pueden llegar a muy altos niveles de ingobernabilidad.

3. Desafíos culturales

Los problemas que ya vimos en los análisis económico, político y social, tienen repercusiones culturales que ahora analizamos más detalladamente.

Nos fijamos en los desafíos culturales que lanzan y las respuestas y proyectos posibles que surgen desde el humus de la sociedad y la cultura.

3.1 *Desafíos socioeconómicos*

Desde la base cultural y social, en este último semestre apuntan tres grandes desafíos a los valores culturales de nuestra nación, cimiento de toda la vida social: primero, la incondicionalidad del libre mercado, que pasa por encima de los marcos políticos, jurídicos y éticos, nacionales e internacionales, la prioridad absoluta de la mercancía; segundo, el problema de la prioridad del capital sobre el trabajo, la disociación entre la economía, sobre todo la productividad y el empleo; tercero, el problema de la equitativa distribución social de la riqueza.

El primer desafío viene desde lo más hondo del nuevo sistema económico internacional.

Sobre las nuevas condiciones de la sociedad ha sido construido un sistema que considera el lucro como motor esencial del progreso económico, la competencia como ley suprema de la economía, la propiedad privada de los medios de producción como un derecho absoluto, sin límites ni obligaciones sociales correspondientes. Este liberalismo sin freno, que conduce a la dictadura, justamente ha sido denunciado como generador del imperialismo internacional del dinero.

El párrafo anterior es casi una cita textual del Papa Paulo VI, hace más de 30 años.

Es claro que hay que distinguir ese sistema, todavía más vigente ahora que entonces, de la industrialización moderna y de la apertura a un mercado internacional, necesario y provechoso si se realiza dentro del triple marco de los derechos humanos, del derecho internacional entre las soberanías y de los valores fundamentales del hombre. Sin ese triple marco no es posible

el crecimiento humano integral. Es el marco ético el que permite el crecimiento de la eficacia humana, de la solidaridad y de la justicia.

Hace años el gobierno mexicano se legitimaba por los movimientos obreros y campesinos. Ahora el panorama es diverso. La nueva política ya no requiere sustentos populares. Se funda en la empresa productiva y la especulación internacionales. Hay todavía algunos restos del pasado. Aún ahora resultan positivos ciertos apoyos obreros a la política económica.

Esta prioridad absoluta del mercado ha causado un mismo problema en tres hechos que recientemente muestran su poderío: el narcotráfico, la operación Casablanca y el Fobaproa.

El narcotráfico desafía doblemente a la sociedad y a la cultura mexicanas. Por una parte demuestra, de manera patente, lo absurdo de esta absoluta prioridad del mercado sin límites. ¿De qué sirve combatir este mercado sin limitaciones, con otros mercados igualmente absolutos aunque menos inhumanos, al menos en apariencia? Por otra parte, en la última reunión cumbre internacional sobre las drogas en los Estados Unidos, se puso de manifiesto que se ha descuidado una tarea, incluso más importante que el combate directo a los estupefacientes. Se trata de responder a la sencilla pregunta de por qué se droga la sociedad moderna. ¿No podría analizarse con todo el rigor de la ciencia social, en qué medida la absoluta prioridad de un mercado anónimo lleva a los hombres a la angustia, la soledad y la alienación? Desde luego, la operación Casablanca está demostrando la violación jurídica de las soberanías nacionales y del derecho internacional. El fin de combatir el narcotráfico justifica los medios como la violación de derechos. Es -se justifica- que no es posible combatirlo, observando el actual derecho. Aparentes enemigos que en el fondo no son sino un mismo desafío a la sociedad y la cultura.

Las concretas investigaciones y auditorías que se hagan sobre el Fobaproa deslindarán responsabilidades y culpabilidades tanto de los funcionarios públicos como de los banqueros privados. Todo esto no puede dejar de mirarse desde el desafío que este primer problema del mercado incondicional lanza a los valores culturales. No cabe duda de que el afán de crecimiento desmedido de la banca internacional está presionando para hacer inversiones fáciles en nuestro país. No cabe duda de que la suposición de un absoluto control político pudo permitir ganancias fáciles tanto en funcionarios como en banqueros.

El segundo desafío es el que, de hecho, se pone el trabajo en función del capital.

Hay una tesis opuesta e incuestionable: la consideración de los derechos objetivos del hombre al trabajo, que debe constituir el criterio adecuado y

fundamental para la formación de toda la economía. Esta tesis supone que cualquier economía de libre mercado debe estar sujeta al triple marco ético, jurídico y político.

El capital está en función del trabajo. Es contra los derechos humanos y el bien común condicionar el trabajo al capital. No pocas personas se molestan cuando se les presenta este argumento. Responden que eso es lo ideal, pero que la realidad consiste no tanto en aspirar a un bien mayor cuanto en salir de un mal menor. Y, por lo tanto, que lo primero es salvar la producción, de lo contrario toda la sociedad perecerá.

El argumento es ambiguo. La producción es para el hombre y no al revés. La distribución no tiene por qué ser estrictamente igualitaria. Pero no puede ser tan individualista que se prescindiera de la solidaridad social. Sin ella y sin bien común, la sociedad deja prácticamente de existir. Sólo habría un conjunto de individuos.

El tercer problema es el de la injusta distribución social de la riqueza.

La actual condición de los obreros es elocuente por sí misma: la mitad de las familias mexicanas vive de hecho en un nivel inferior al del salario mínimo; este mismo ha sido severamente castigado; desde 1976 hasta finales de este año habrá perdido el 90% de su valor. Para recuperarlo debería aumentar en un 285%. El salario mínimo está 23% por debajo del promedio en América Latina. Los que reciben de uno a dos salarios mínimos son un poco más de 11 millones; son cinco millones los que reciben entre dos y tres salarios mínimos, tres millones los que reciben entre tres y cinco salarios; casi dos millones los que reciben entre cinco y diez salarios mínimos. Sólo un poco más de medio millón son los que reciben más de diez.

El precio de la canasta obrera indispensable en 1987 era de 6.86 pesos y el salario mínimo de 6.47. Ahora cuesta 114.82 y el salario es de 30.20 pesos.

Al cierre del primer trimestre de este año, el aumento salarial promedio de las principales ramas de la actividad económica, fue de 19.1%, en clara desventaja ante las variables macroeconómicas como la inflación. La nueva cultura laboral aumenta el desempleo y obliga al trabajador a rendir más con menor salario. La desocupación abierta es de 1 355 000.

3.2 Desafíos sociopolíticos

En México ha sido reconocido el poder casi omnímodo del Presidente de la Federación. Para algunos politólogos, el Lic. Carlos Salinas de Gortari lo ejerció al máximo, aunque también él fue el que predijo el cambio al pluralismo político y pretendió hacer un Estado "más rector y menos productor".

La nueva composición del Poder Legislativo, la mayor autoridad del Poder Judicial y los esfuerzos del presidente Zedillo todavía no establecen el nuevo perfil presidencial, ni los mexicanos empiezan a aceptarlo.

Los cambios políticos de la Federación repercuten en cambios en los estados. Es claro el cambio en los estados con un gobernador de un partido de oposición. En otros, como en Chiapas, apenas se nota algo. El estado parece prácticamente gobernado por la Federación. Sobre todo ahora, en el conflicto con el zapatismo.

El desafío cultural de fondo lleva a recrear una nueva relación entre sociedad y Estado, especialmente en tiempos de cambios culturales profundos como el actual, donde se derrumban incluso los viejos paradigmas de la ciencia y de los códigos sociales de conducta y aun el derecho.

El centro de este desafío lo ocupan el Estado y la sociedad. El Estado en sus dos vertientes: como soberanía nacional frente al cambio internacional y como poder, al interior de su sociedad. Felipe González se expresó con claridad en México.¹

Este desafío llega al fondo cuando encuentra otro aún mayor: ¿cómo recrear y definir nuevamente el bien común nacional e internacional de manera que sea la base del ajuste de lo que debe ser el Estado tanto como soberanía y como poder.²

La vida social exige un conjunto de condiciones concretas con las cuales las personas y los grupos puedan lograr, con mayor plenitud y facilidad, su propia realización. Para ello es necesario que los países que entran a la globalización, aumenten su capacidad endógena para poder insertarse con éxito en el proceso. Los gobiernos nacionales deben ser capaces, por sí mismos, de manejar la inserción de los países regionales en la globalización. "El mejoramiento de la capacidad endógena debe tener como primer objetivo la ejecución de políticas que se orienten a reformar el Estado".³ En lo político, el Estado debe ser fortalecido, esto es, vigorizado en las distintas instituciones como sinónimo de la consolidación y la profundización de la democracia. En lo social, el Estado debe afirmar su presencia. El objetivo debe orientarse a complementar la ciudadanía política con elementos de ciudadanía social; también se sugiere complementar la noción formal e institucional de la democracia con criterios económicos y sociales que, si

¹ Felipe González. "Siete asedios al mundo actual", en *Nexos*, 1998.

² *Ibid.*

³ Carlos Mateo Balmelli. *Los procesos internos y la globalización*, Asunción, Editorial D. Bosco, 1997.

bien no definen la democracia, son elementos necesarios para lograr la integración social y la estabilidad política del sistema democrático.

Por segunda vez en la historia se debe desacralizar al Estado-nación moderno. La primera secularización del Estado consistió en hacer reposar la legitimidad de la práctica estatal en la voluntad política de los miembros de la sociedad. Se abandonaron los elementos de legitimidad deducidos de principios metafísicos que trascendían e imponían las estructuras estatales a la voluntad política de la sociedad. La segunda secularización consiste en desmitificar el sacro principio de la soberanía absoluta.⁴ Hay que cambiar y remover las bases en las que descansa el Estado; debe darse necesariamente una reforma institucional en la que el primer imperativo es la elaboración de una base constitucional adecuada.

Cuando el proceso político es conducido por la irracionalidad o por la ceguera de estar embarcado en la realización de sueños imposibles, el resultado será el mantenimiento de formas atávicas de convivencia.

El bienestar común no es ninguna idea abstracta; es una exigencia concreta. Por ejemplo, la liberación femenina, la necesidad de que padres y madres de familia trabajen, exige un cambio definitivo en el bien de una familia concreta, sabiendo que el trabajo y las ausencias del hogar, propician el individualismo independiente y la irresponsabilidad por lo común. Lo mismo se dice de la corrupción que juega y conjuga el bien de la sociedad con el bien individualista del privado. Es precisamente ese bien común el que exige mayor solidaridad de los civiles frente a la corrupción y los abusos de poder. El aparato de Estado debe estar consciente de que no puede desligarse del resto de la sociedad, sino que está a su servicio para reconocer e impulsar esa subjetividad creadora de la sociedad y de los particulares. La corrupción es la forma paradigmática sistemáticamente opuesta al bien de la sociedad y de sus estructuras comunes.

3.3 Desafíos socioculturales

Así llegamos a los últimos desafíos, los de los valores culturales.

Las tensiones entre modernidad y posmodernidad descubren para algunos eruditos que estamos viviendo precisamente el cierre de un ciclo cultural y la apertura de otro.

No es necesario aplicar rigor científico en extremo para detectar que estamos viviendo una seria crisis de valores y antivalores, que critican y

⁴ *Ibid.*, p. 160.

desconfían de la lógica estrictamente racional de la técnica. Se trata, al menos, de una oportunidad magnífica para hacer un ajuste entre lo tradicional y lo que está por venir. Entra cada vez más la sociedad de consumo, en alimentos, vestidos, ajuares... Es precisamente el bien común, ayudado de las ciencias, el que distingue entre alimentos nutritivos y alimentos "chatarra", entre vestidos eficientes y vestidos frívolos.

En la base de los valores y antivalores, algunos estudiosos de la sociedad, como C. Castoriadis, descubren el imaginario social.

El imaginario lo entienden como la facultad activa de la imaginación para plasmar sus imágenes. Es como el estilo de la imaginación. En arte, por ejemplo, los estilos, las escuelas forman una unidad a través no tanto de las imágenes ni de la imaginación, cuanto de aquello que dispone, mueve y echa andar la imaginación.

En el fondo de la sociedad, de sus racionalidades, instituciones y realidades múltiples, hay un estilo de imaginar lo social que las produce, y le da sentido social a las realidades de dentro y de fuera del cuerpo social. Es el inicio del pensamiento del valor y de la acción sociales. Es su último sustento. Tiene, por tanto, una enorme fuerza legitimadora. No se trata de creación arbitraria ni fantástica; es una perspectiva unificadora de la imaginación.

En las grandes urbes latinoamericanas, como Buenos Aires, se han encontrado rasgos semejantes del imaginario social.⁵ Tiene tres características principales que actúan simultáneamente, pero que por la novedad de la época todavía no forman una unidad.

El primero mantiene su adhesión a una cultura ancestral. Se trata de una presencia activa, pero rutinaria y sin capacidad de adaptación a lo nuevo. Sin embargo, es un vínculo de pertenencia a la sociedad. Se da en el mundo de la política, en aquellos que piden que sean respetados los grandes símbolos, valores y tradiciones patrios, aunque poco digan en sí. En lo religioso abunda el tradicionalismo y el fundamentalismo. Por poner un ejemplo común: existe un imaginario social de vinculación a ciertos aspectos católicos, aunque ya signifiquen gran cosa como símbolos religiosos.

El segundo, el imaginario social, es funcional y poco personalizado. Se expresa en forma abundante por todos los medios masivos de comunicación; es elocuente, por ejemplo, la propaganda del Viagra, el nuevo estimulante sexual para los varones. Es todo en función del sexo y totalmente anónimo con relación a las personas.

⁵ Varios autores. *Argentina, tiempo de cambio*, Buenos Aires, San Pablo, 1998.

El tercero, el imaginario social, es rebelde contra todo orden establecido. El fracaso de las ideologías que han prometido la salvación, ha provocado esta reacción escéptica e irracional. Pero puede iniciar un nuevo imaginario social. Es llamativo porque es totalmente inédito.

Más adelante vamos a relacionar estos tres rasgos del imaginario social actual con los tres modos de ver la democracia y los posibles caminos de solución a los problemas que vivimos.

3.4 *Recapitulación de los desafíos*

En todo el mundo se impone la necesidad de una nueva ética global que contenga estos principales elementos: derechos humanos y responsabilidades, la democracia y los elementos de la sociedad civil, la protección de las minorías, el compromiso para la resolución pacífica de los conflictos y la negociación justa, la equidad intra e internacional, la ética global en el gobierno mundial, el papel de una ética global.⁶

Podemos recapitular los principales desafíos mencionados en una expresión ya consagrada, ahora obsoleta, que necesita alguna declaración: los cambios que ha traído la globalización económica y que a través de las instituciones llegan hasta la sociedad, están produciendo, en este año, descontento, agitaciones sociales e ingobernabilidad que llevan claramente la característica de una abierta lucha de clases.

Lucha de clases, para desgracia de los neoliberales, no tiene solamente el sentido que el materialismo dialéctico e histórico le dio.

Hay un significado, no teórico y dialéctico, sino fáctico, concreto y realista de la lucha de clases. Siempre que se abstenga de enemistades irreconciliables y del necesario odio que lleva hasta lo último esa irreconciliable lucha, es positivo reconocer las luchas de intereses diferentes y aun opuestos, pero siempre capaz de ser elevada a una síntesis superior de reconciliación y mutua colaboración ciudadana.

De hecho, no los marxistas, en silenciosa revisión, sino los neoliberales son los que en la práctica, es decir a la hora de la verdad plena, mantienen una lucha de clases que está desesperando al mundo. Es una lucha de clases irreconciliable porque no necesariamente se dedican a producir pobres, sino también a eliminarlos porque ya no los necesitan. Es evidente que los obreros y campesinos ya no representan la fuerza política de antaño. Por el contrario,

⁶ Javier Pérez de Cuellar *Nuestra diversidad creativa*. Informe de la Comisión Mundial de Cultura y Desarrollo, México, Librería Correo de la Unesco, 1997, pp. 41-64.

nuevos grupos, llenos incluso de alta corrupción, se encuentran en las cúspides del poder.

En el caso de Chiapas, parece que el diálogo no es posible, que se va a la guerra de baja intensidad para dominar a la sociedad, ante la negativa de abrirse a un diálogo más deliberativo entre iguales. Con ello se intensifica una lucha que puede prolongarse indefinidamente. La rígida tolerancia ante la iniciativa, de hecho, de mayor autonomía, está conduciendo a matanzas frecuentes en los reacomodos de los municipios. Sube el poder de la Federación, con el altísimo costo de pérdida de autoridad, indispensable en la conducción de una nación.

4. Desde el valor de la democracia

El mundo moderno entró por el camino de la democracia y la ha heredado a la reactiva posmodernidad.

Pero en la época moderna, la tendencia democrática fue víctima de la sistematización racional y se impuso como parte de una cultura normativa. La deficiencia no estaba en que propugnara la democracia sino en que impusiera una forma de democracia, la formal, donde se daba ya por elaborada y terminada la democracia. Sólo era necesario someterla a la votación. Los electores podían decir sí o no, pero mucho más difícilmente podían oponerse, de manera directa, al modelo de democracia que habían propuesto los científicos y políticos de la racionalidad.

Basta una mediana familiaridad con el modo de proceder del pueblo estadounidense para entender que su democracia formal todavía dista de la democracia de verdad. Nunca hemos percibido que esa democracia se haya opuesto al modelo liberal de economía que impera entre ellos desde tiempo inmemorial.

Ahora, en México, es necesario calibrar con claridad los límites de la democracia. La democracia representativa o formal, exigida por el mercado internacional, puede hacer avanzar el espíritu de la democracia, sobre todo frente a los prepotentes y corruptos de la política que se contentaban con una democracia puramente aparente. Pero no cabe duda: el pueblo mexicano debe estar preparado para ver también las deficiencias que trae consigo y saber los modos de superarlas. Hay una pregunta contextualmente muy precisa: ¿cómo debe ser ahora una democracia del pueblo soberano de México para defenderlo y fortalecerlo frente a una globalización que está llegando al fondo de la sociedad? Apliquemos el proverbio: una democracia a medias aumenta el poder y disminuye la autoridad del Estado. Una democracia plena aumenta la autoridad y disminuye un poder innecesario.

La democracia no puede reducirse sólo a los procesos electorales. Aun pensando que pudiéramos tener procesos electorales democráticos (con igual participación de las diferentes opciones políticas en la toma de decisiones, mismos recursos y con organismos electorales fuera del sistema de gobierno, por ejemplo) sería posible que el gobernante elegido llevara a cabo acciones en la más estricta línea del autoritarismo y la arbitrariedad, lo cual no se legitimaría sólo por haber sido electo democráticamente. Por eso C. Castoriadis define la democracia como "régimen en que todos los ciudadanos son capaces de gobernar y ser gobernados (dos términos inseparables), régimen de autoconstitución explícita de la sociedad, régimen de reflexividad y autolimitación".⁷

Es un régimen de constitución explícita de la sociedad, esto es, en donde el sentido de la acción social, las metas, los objetivos y los valores que la regulan, son el resultado de la decisión de sus propios integrantes. La democracia implica que los ciudadanos pueden participar en la búsqueda de la identidad colectiva, y de las condiciones y recursos que conduzcan a una integración efectiva de la sociedad.

Una sociedad democrática es, por lo tanto, un régimen que posibilita la reflexión y reconoce los propios límites. Lo primero, porque abre los espacios suficientes para propiciar el diálogo con los diferentes sectores de la sociedad y porque las decisiones son analizadas entre la sociedad civil y las instituciones y organismos de gobierno pertinentes. El reconocimiento de los propios límites resulta entonces una consecuencia de los procesos democráticos de una sociedad que conoce su problemática, que está organizada para tomar las decisiones que la conduzcan a su superación y que se manifiesta en obligaciones y deberes de quienes las conforman.

5. Respuestas culturales alternativas a los desafíos y a los núcleos conflictivos

Hay tres posibles y diferentes líneas de proyectos de la vida nacional, según broten de las tres diferentes nociones de democracia: la simulada (cuyo imaginario social está ligado fijamente a una tradición del pasado), la participativa (vinculada al imaginario funcional y anónimo) y la deliberativa (cuyo imaginario trata de ser lo más novedoso), como queda dicho. Las dos primeras pueden ser impuestas desde arriba, por el poder. La tercera sólo es producto de los valores vividos por una sociedad.

⁷ C. Castoriadis. "El deterioro de Occidente", en *Vuelta*, marzo de 1992, p. 19.

Los que van por la democracia simulada, con arcaico imaginario, reaccionarán violentamente contra la globalización y tratarán de regresar a los antiguos modelos que resultaron en décadas pasadas. Suspiran por el autoritarismo político, por un Estado fuerte y productor, permitirán los abusos de la corrupción y la inequidad, pero sin excederse de los límites que un pueblo sin cultivo y sin presión permite maniobrar. Es la actitud del antiguo cacique político que impone su poder, pero sin distanciarse del pueblo, al contrario encontrando en él su apoyo. Toleran la explotación pero sin llegar a la aguda lucha entre las clases.

En relación con los conflictos asume actitudes definidas e indefinidas. Es abiertamente reacia a que, debido a la globalización, los inversionistas extranjeros compitan con ellos, en desigualdad de fuerzas, y se presione para una más transparente democracia representativa (pluripartidismo).

Están en negociación y equilibrio inestable con el Ejecutivo Federal. No quieren renunciar a sus estrechos cotos de poder. Se oponen a los políticos técnicos neoliberales. No favorecen al Fobaproa ni a la apertura de los bancos a la inversión extranjera. No lo apoyarán a no ser que se vean obligados a la negociación con los neoliberales, en la política. En el problema chiapaneco prefieren sostener a la tradicional guardia de políticos de la región. Ven con simpatía la intervención del ejército y los paramilitares frente a los zapatistas. La vieja guardia priísta y panista se oponen a las autonomías regionales porque atentan contra la nación y la Constitución.

Los neoliberales trazan sus proyectos políticos desde el imaginario social funcional y anónimo, y desde dos ideas fuertemente arraigadas. La primera es una estima excesiva del sistema económico actual, una escrupulosa observancia de sus políticas mundiales, sin posibles maniobras de acercamiento a la realidad del país y sin negociación. Al conceder tanta fuerza a la ideología, quedan sólo dos actitudes políticas: o dominio despótico de poder con violencia creciente sobre la sociedad, o vergonzante reconocimiento de que es una inhumana corriente económica, pero, ante su fuerza, acepta negociar en condiciones inferiores y desiguales. Es mal menor tolerar el sistema que esforzarse por confrontarlo en sus principios. Es una línea con futuro, en la medida en que crezca o se sostenga el neoliberalismo. Lleva las de ganar en todo, frente a la línea de los viejos políticos, descritos en la primera tendencia. Miran con simpatía el Fobaproa y la apertura a los banqueros extranjeros. Reconocen que ya llegó a su fin el régimen monopartidista. Apoyan la democracia formal. En el problema de Chiapas, ven como única solución la paz a toda costa para invertir cuanto antes cuantiosos capitales extranjeros. La urgencia de paz puede entenderse

aun a costa de una guerra relámpago, porque la solución ya no puede dilatarse.

La primera línea, con sus resistencias, paga muy cara su falta de adaptación a las exigencias de la globalización. La segunda, paga también muy cara su participación por su excesivo sometimiento a las exigencias brutales del libre comercio.

La tercera línea, que busca una democracia auténtica y deliberativa, apenas si cuenta como fuerza política. Reconoce la necesidad de entrar al mercado mundial, pero con la condición de no dañar la propia planta productiva ni de aumentar la injusticia y la desigualdad social. Se opone a que el pueblo pague por sí, lo que gobierno y banqueros hicieron por su lado sin tomarlo en cuenta. Pide que primero se investigue con auditorías serias y pluripartidistas los abusos de los particulares y la corrupción pública. Hace crítica social y cultural al libre mercado actual. Favorece el pluralismo político y las instituciones más democráticas. En el problema chiapaneco distingue entre los derechos y la dignidad de los indígenas, de Marcos y el zapatismo, igualmente que del gobierno, el ejército y los paramilitares.

El trabajo de esta tendencia es muy lento pero el único que puede llegar a formar una sociedad sana y fuerte: vincular los modelos económicos y subordinarlos a los valores humanos fundamentales; desarrollar el valor humano del trabajo y su prioridad sobre la mercancía; el valor de la solidaridad, de la justicia, de la verdad, de la ley acatada y obedecida; poner las instituciones y su poder al servicio de la sociedad y su bienestar común.